



Conferencia Episcopal de Colombia

**HOMILÍA DE LA EUCARISTÍA
CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DEL
1^{er}. DÍA NACIONAL POR LA RECONCILIACIÓN**

3 DE MAYO DE 2018

Hermanas y hermanos:

La Conferencia Episcopal de Colombia reunida en el noviembre pasado para aplicar las enseñanzas que nos dejó el Papa Francisco, instituyó este día 3 de mayo, un día después de la experiencia dolorosa de Bojayá para celebrar a nivel nacional una jornada de oración por la reconciliación nacional. Hoy es esa primera celebración en todo el país.

“Esta imagen tiene un fuerte valor simbólico y espiritual. Al mirarla, contemplamos no solo lo que ocurrió aquel día, sino también tanto dolor, tanta muerte, tantas vidas rotas, tanta sangre derramada en la Colombia de los últimos decenios. Ver a Cristo así, mutilado y herido, nos interpela. Ya no tiene brazos y su cuerpo ya no está, pero conserva su rostro y con él nos mira y nos ama. Cristo roto y amputado, para nosotros es “más Cristo” aun, porque nos muestra una vez más que Él vino para sufrir con su pueblo y su pueblo; y para enseñarnos también que el odio no tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte y la violencia. Nos enseñan a transformar el dolor en fuente de vida y resurrección, para que junto a Él y con Él aprendamos la fuerza del perdón, la grandeza del amor”.

Este amor es fuente y fundamento de esperanza. Esperamos podernos reconciliar, volver a ser hermanos, vivir en la verdad, la justicia, la misericordia y la paz. En estos momentos en los que en el país todo parece oscuro, incierto, desesperanzador, nada nos impide a cada uno de nosotros ofrecer un poco de amor a nuestra sociedad.

“Basta que exista una persona buena para que haya esperanza. Y esa persona puede ser cada uno de nosotros, añadía el Papa. Entonces podemos introducir amor, solidaridad, compasión, perdón y ayuda a los que sufren. El Padre amoroso que nos ha enviado a su Hijo, no sabe, no quiere, no puede hacer otra cosa que amar, pues Dios es amor.

El mejor escenario para trabajar sin descanso por la dignidad de las víctimas, es hacernos junto a quienes han sufrido la violencia para construir una sociedad donde el sufrimiento del pasado no vuelva a ocurrir. En el mundo se sigue con preocupación el propósito de colocar las víctimas en el centro del trabajo hacia la reconciliación.

Somos llamados a promover la verdad como fuerza de la paz pues la mentira engendra violencia. La verdad es un desafío grande pero necesario.

La misericordia expresada en el perdón, inspirada en la lógica del amor que Dios nos tiene a cada uno es fuente inagotable que nos conduce a vivir nuevas relaciones humanas bajo el signo de una auténtica fraternidad. No podemos permanecer prisioneros del pasado, sólo el perdón nos ayuda a purificar la memoria para que la violencia del pasado no vuelva más. La novedad liberadora del perdón reemplaza la insistencia de la venganza. Este es el gran desafío para nuestra sociedad colombiana, empezando por el orden familiar, pedagógico, cultural y político, es el primer paso hacia la reconciliación. La paz estable es sobre todo capacidad de adoptar un nuevo estilo de convivencia, inspirada en el encuentro y la acogida del otro. El acompañamiento a las víctimas para recorrer el camino hacia el perdón es una tarea valiosa, valiente y urgente que debemos ofrecer en los diversos ambiente, con diversas metodologías que generen un clima de perdón y reconciliación.

El perdón es inseparable de la verdad y la verdad es compañera de la justicia y la misericordia expresadas en el perdón. La justicia restaura, no destruye, reconcilia, no alimenta la venganza. Y construir la paz en Colombia en la justicia, nos involucra a todos, familia, escuela, academia y los diversos espacios de la vida social. El rescate ético regulará nuestras relaciones auténticas, transparentes, generosas y comprometidas con los demás.

La reconciliación creará un orden nuevo y será un paso en la construcción, en torno a un proyecto común de país, casa de todos. El compromiso de los líderes nacionales en el campo político, económico, educativo y social deben encaminarse hacia la reconciliación, teniendo por horizonte el bien de todos.

Cristo desde la Cruz nos muestra que ha reparado la ruptura que se había generado en nosotros en relación con el Padre Misericordioso, con nuestros hermanos y con la creación. Así como la guerra brotó de la decisión de nuestro corazón, Cristo que en su Cruz derribó el muro del odio que nos ha separado nos invita a sembrar y cultivar en el corazón una mentalidad nueva de paz, donde cada uno asumamos la responsabilidad de engendrar paz en las familias, las escuelas, las empresas, los vecindarios, en lo político, en lo económico y en nuestros municipios y ciudades.

Hoy comprometámonos a los pies del Cristo de Bojayá haciendo eco a las palabras del Papa en Villavicencio: “Queridos colombianos: no tengan miedo a pedir y ofrecer el perdón. No se resistan a la reconciliación para acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar heridas, de tender puentes, de limar diferencias. Es la hora para desactivar los odios y renuncias a las venganzas y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y en la creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno para que podamos habitar en armonía y fraternidad como desea el Señor.

Es hora de aferrarnos a Cristo en la oración, y tener la serenidad indispensable para tener lucidez para tomar decisiones, que siempre conllevan responsabilidades sociales, porque Cristo nos ha redimido en la Cruz y la Resurrección para hacernos hijos de Dios y hermanos, por eso las decisiones personales, siempre conllevan a la solidaridad en el bien, en la justicia y en la verdad con los demás.